

COOMARASWAMY, Ananda-Kentish (1877-1947). Esoterista, especialista en arte oriental. Nacido el 11 de agosto de 1877 en Colombo (Ceylán). Hijo de Sir Mutu Coomaraswamy, jurista de origen indio y de la señora Elisabeth Clay de origen inglés. Luego de una formación académica de tipo occidental, en primer lugar en el célebre colegio Eton y luego en la universidad de Londres donde obtiene un doctorado en ciencias (1904), dos años más tarde es el director de investigaciones mineralógicas de Ceylán. Entre tanto es el iniciador de un movimiento para la educación nacional en India y se orienta gradualmente hacia las cuestiones artísticas, las que lo llevan a cumplir ciertas responsabilidades en el marco de la Exposición de las Provincias Unidas en Allahabad (1910 a 1911). Llamado por el Museum of Fine Arts de Boston (U.S.A.) durante la guerra de 1914-1918, seguidamente le confían la dirección del departamento de artes del islam y del medio-oriente y se instala así en América. Manteniendo una correspondencia con René Guénon desde la mitad de los años 1930, Coomaraswamy consolida una obra a partir de entonces enteramente inspirada en el esoterismo tradicional. Además de sus colaboraciones en *Etudes Traditionnelles* así como en un cierto número de revistas angloamericanas, entre las cuales destacan *Bulletin of School of Oriental Studies* y *Journal of the American Oriental Studies*, su obra publicada en inglés es inmensa, destacamos de ella: *Coomaraswamy: 1. Metaphysics; 2. Traditional Art and Symbolism*; (2 vol., ed. R. Lipsey, Princeton Univ. Press, New Jersey); en castellano: *La Transformación de la Naturaleza en Arte*, y *El Tiempo y la Eternidad* (Kairós, Barcelona); *Hinduismo y Budismo*, y *Buddha y el Evangelio del Budismo* (Paidós, Barcelona); *Sobre la doctrina tradicional del Arte*, y *Teoría Medieval de la Belleza* (Olañeta, Palma de Mallorca); *El Tiro con Arco* (Obelisco, Barcelona). Poco antes de su deseado retorno a la India, muere en Boston el 9 de septiembre de 1947.

¿QUÉ ES CIVILIZACIÓN?^{1*}

ANANDA K. COOMARASWAMY

1ª Parte

Por los propios escritos de Albert Schweitzer es evidente que, junto a su activísima vida de buenas obras, su interés teórico se centra en las preguntas: ¿qué es civilización? ¿y cómo puede ser restaurada?. Pues, por supuesto, ve muy claramente que el mundo moderno, un mundo que se autoproclama «civilizado», no es realmente un mundo civilizado, sino como él lo llama, un mundo de «epígonos», que son herederos, más bien que creadores de bienes positivos.

En cuanto a la pregunta: ¿qué es civilización?, propongo el aporte de una consideración de los significados intrínsecos de las palabras «civilización», «política» y «puruṣa». La raíz de «civilización» es *kei*, como en el griego *keisthai*, en el sánscrito , «yacer», «yacer tendido», «estar localizado en». Una ciudad es así una «guarida», donde el ciudadano «hace la cama» en la que debe yacer. Ahora preguntaremos ¿«quién» habita y «economiza» así?. La raíz de «política» es *pla*, como en el griego *pimplēmi*, en el sánscrito *p* (*piparmi*), «llenar», en el griego *polis*, en el sánscrito *pur*, «ciudad», «ciudadela», «fortaleza», en el latín *plenum*, en el sánscrito *p* *am*, y en el inglés «fill», «llenar». Las raíces de *puruṣa* son éstas dos, y por consiguiente, el significado intrínseco es el de «ciudadano», ya sea como «hombre» (este hombre, Fulano) o como el Hombre (en este hombre, y absolutamente); en ambos casos, el *puruṣa* es la «persona» que ha de distinguirse,

^{1*} Publicado por primera vez en *The Albert Schweitzer Jubilee Book*, ed. A.A. Roback, Sci-Art: Cambridge, Mass., 1945.

por sus facultades de previsión y de comprensión, del hombre animal (*paṇu*), gobernado sólo por su «hambre y su sed»².

En el pensamiento de Platón hay una ciudad cósmica del mundo, la ciudad del estado, y hay un cuerpo político individual, y ambos son comunidades (griego *koinōnia*, sánscrito *gaṇa*). «Las mismas castas (griego *genos*, sánscrito *jāti*), iguales en número, se han de encontrar en la ciudad y en el alma (o sí mismo) de cada uno de nosotros»³; el principio de justicia es el mismo en todo, a saber, que cada miembro de la comunidad cumpla las tareas para las que está dotado por la naturaleza; y el establecimiento de la justicia y el bienestar de la totalidad depende, en cada caso, de la respuesta a la pregunta, ¿Quién gobernará, lo mejor o lo peor, es decir, una única Razón y Ley Común, o la multitud de los hombres adinerados en la ciudad exterior, y de los deseos en el individuo (*República* 441, etc.)?.

¿Quién llena, o puebla, estas ciudades? ¿De quién son estas ciudades, «nuestras» o de Dios? ¿Cuál es el significado del «gobierno de sí mismo»? (una pregunta que, como muestra Platón, *República* 436B, implica una distinción entre el gobernante y el gobernado). Filón dice que «En lo que concierne al poder (*kyriēs*), Dios es el único ciudadano» (*monos polites*, *Cher*, 121), y esto es casi idéntico a las palabras de la Upaniṣad, «Este Hombre (*puruṣa*) es el ciudadano (*puruṣaya*) en todas las ciudades» (*sarvasu pṛthu, Bṛhadāraṇyaka Upaniṣad* II.5.18), y no debe considerarse como contradicho por esta otra afirmación de Filón, a saber, que «Adam (no «este hombre», sino el Hombre verdadero) es el único ciudadano del mundo» (*monos kosmopolites*, *Opif.* 142). Nuevamente, «Esta ciudad (*pur*) es estos mundos, la Persona (*puruṣa*) es el Espíritu (*yo'yam pavate = Vāyu*), a quien, porque habita (*ete*) esta ciudad, se le llama el «Ciudadano» (*puruṣa*)», *Ṭatapattha Brāhmaṇa* XIII.6.2.1 —como en *Atharva Veda* X.2.30, donde «Al que conoce la ciudad de Brahma, por cuyo motivo la Persona (*puruṣa*) se llama así, ni la visión ni el soplo de la vida le abandonan en la vejez», aunque ahora la «ciudad» es la de este cuerpo, y los «ciudadanos» son sus facultades dadas por Dios.

Estos puntos de vista macrocósmico y microcósmico son interdependientes; pues, como la llama Platón, la «acrópolis» de la ciudad está dentro de vosotros y literalmente en el «corazón» de la ciudad. Lo que hay dentro de esta Ciudad de Dios (*brahma-pura*, este hombre) es un templo⁴, y lo que hay dentro (del templo) es el Cielo y la Tierra, el Fuego y el Viento, el Sol y la Luna, todo lo que se posee o no se posee; todo lo que hay aquí está ahí dentro». Entonces surge la pregunta, ¿Qué queda

² Como en *Aitareya Brāhmaṇa* II.3.2 y Boecio, *Contra Evtychen*.

³ El Alma Inmortal (el Sí mismo) de Platón, y las dos partes del alma mortal (el sí mismo), junto con el cuerpo mismo, constituyen el número normal de las «cuatro castas» que deben cooperar para el beneficio de toda la comunidad.

⁴ «El Reino de Dios está dentro de vosotros» (Lucas 17:21); *en haut ἡ politeia* (*República* 591 E). El Rey sobrevive a sus reinos y «vive siempre». De la misma manera, en la teoría tradicional de gobierno, la Realeza inmanente en los reyes les antecede y les sobrevive, «el rey ha muerto, viva el rey».

¿QUE ES CIVILIZACION?

(qué sobrevive) cuando esta “ciudad” muere de vejez o es destruida? y la respuesta es que lo que sobrevive es Eso que no envejece con nuestro envejecimiento, y que no es matado cuando “nosotros” somos matados: *Eso* es la “verdadera Ciudad de Dios”⁵; *Eso* (y no esta ciudad percedera que nosotros consideramos como “nuestro” sí mismo) es nuestro Sí mismo, que no envejece y que es inmortal⁶, a quien no afecta «el hambre ni la sed» (*Chāndogya Upaniṣad* VIII.1.1-5, ligeramente abreviado), «Eso eres tú» (*idem* VI.8.7); y «Ciertamente, el que ve Eso, el que contempla Eso, el que discrimina Eso, y cuyo juego y expansión, y cuyo deleite y beatitud están en ese Sí mismo y con ese Sí mismo (*ātman*), ese es autónomo (*sva-rāj, kreitt ān heautou*, auto-gobernante), y se mueve a voluntad en todos los mundos⁷; pero aquellos cuyo conocimiento es de lo que es otro-que-Eso, son heterónomos (*anyarāj, hett ān heautou*, súbdito), y no se mueven a voluntad en ningún mundo» (*idem* VII.25.2).

Así pues, en el corazón de esta Ciudad de Dios habita (*āte*) el Sí mismo inmortal y omnisciente, «este Sí mismo y Duque inmortal del sí mismo», como el Señor de todo, el Protector de todo, el Regidor de todos los seres y el Controlador Interno de los poderes del alma, por los cuales está rodeado como por sus súbditos⁸, y «a Él (Brahma), que procede así en Persona (*puruṣa*), cuando yace ahí extendido (*uttānāya āyānaye*), y entronizado (*brahmāsandhām ārādhya*, *atrasada*), los poderes del alma (*devatā, prajā*), la voz, la mente, la visión, el oído y el olfato, le traen tributo»⁹.

La palabra «extendido» expresa aquí un significado ya implícito en la etimología de la «ciudad», *kei*, que incluye el sentido de yacer completamente extendido¹⁰. La raíz de «extendido» y *ut-tāna* es la del griego *tein* y la del sánscrito *tan*, extender, prolongar, y la del griego *tonos*, una cuerda, y de aquí también, tono, y *tenuis*, sánscrito *tanu*, tenue.

⁵ La *polis en logois* (sánscrito *ārate*), *kaimen epei ges ge oudamau* de Platón (*República* 592A).

⁶ Ese Sí mismo Espiritual eternamente joven cuyo Comprensor no tiene miedo de la muerte (*Atharva Veda* X.8.44).

⁷ Esta libertad, de la que se habla tan a menudo en la tradición védica desde *āg Veda* IX.113.9 en adelante, corresponde al término platónico *autokinēsis* (*Fedro* 245D, *Leyes* 895B, C) y a Juan 10:9 «entrarán y saldrán, y encontrarán pradera».

⁸ *Bṛhadāraṇyaka Upaniṣad* III.8.23, IV.4.22, *Kaṇha Upaniṣad* II.18, *Muṇḍaka Upaniṣad* II.2.6.7, *Maitri Upaniṣad* VI.7 etc.

⁹ *Jaiminīya Upaniṣad Brāhmaṇa* IV.23.7-23-10, algo condensado.

¹⁰ La extensión divina en el espacio tridimensional del mundo, que de esta manera se llena, es una crucifixión cósmica a la que corresponde la crucifixión local en dos dimensiones. En la medida en que nosotros Le consideramos como dividido realmente por esta extensión, es decir, en la medida en que nosotros concebimos nuestro ser como «propio nuestro», nosotros le crucificamos diariamente.

No sólo estos mundos son una ciudad, o «yo» soy una ciudad, sino que estas ciudades son ciudades pobladas, y no tierras yermas, porque Él las llena; puesto que Él es «uno como es en sí mismo allí, y muchos como es en sus hijos aquí» (*Ātapatha Brāhmaṇa* X.5.2.16). «Eso, dividiéndose a sí mismo inmensurables veces llena (*pṛayati*)¹¹ estos mundos... de Ello proceden continuamente todos los seres animados» (*Maitri Upaniṣad* V.26). O con referencia específica a los poderes del alma dentro de la ciudad individual, «Él, dividiéndose a sí mismo quíntuplemente, está oculto en la caverna (del corazón)... Desde ahí, habiendo abierto las puertas de los poderes de los sentidos, procede a la fruición de la experiencia... Y de esta manera, este cuerpo es levantado en la posesión de la consciencia, y Él es su conductor» (*idem* II.6.d)¹². Sin embargo, esta «división» es sólo una manera de hablar, pues Él permanece «indiviso en los seres divididos» (*Bhagavad Gītā* XIII.16, XVII.20), «ininterrumpido» (*anantaram*), y así ha de comprenderse como una presencia divina y total.

En otras palabras, la «división» no es una segmentación, sino una extensión, como si se tratara de radios desde un centro o de rayos de luz desde una fuente luminosa con la que son continuos¹³. Ciertamente, la *Con-tinuidad* y la *in-tensidad* (*samtati*, *syntonia*) son una cualidad necesaria en todo lo que puede tensarse y extenderse pero, como el Espíritu inmanente mismo, «no puede cortarse» (*acchedya*, *Bhagavad Gītā* II.23), —«ninguna parte de eso que es divino se corta a sí misma y deviene separada, sino que solo se extiende (*ekteinetai* = *vitanute*)» (Filón, *Det.* 90). Así pues, decir que la Persona «llena» estos mundos es la misma cosa que decir que Indra vio a esta Persona «como el Brahman máximamente extendido (*tatamam*)» (*Aitareya Upaniṣad* II.4.3). De esta manera, todos los poderes del alma, proyectados por la mente hacia sus objetos, son «extensiones» (*tetomena*) de un principio invisible (*República* 462E), y éste es el «poder tónico» por el que se hace posible percibirlos (Filón, *Leg. Alleg.* I.30, 37). Nuestra «constitución» es una habitación que el Espíritu se hace para sí mismo «de la misma manera que un orífice

¹¹ Causativo de *pṛ*, la raíz de *pṛ*; y así «puebla» o incluso «civiliza».

¹² *Psyche men estin hē periagousa hēmōn pantōn*, *Leyes* 898 C; *Questi nei cir mortali è per motore*, *Paradiso* I.116; «el corazón ha tirado las riendas de los cinco sentidos» (*Rāmānandya Mathnaw*, I.3275). En toda la tradición védica (y más explícitamente en *Kaṭha Upaniṣad* III.3 sigs. y en *Jātaka* VI.242) como en Platón (*Fedro* 246 sigs.), Filón (*Leg. Alleg.* I.72, 73, III.224, *Spec.* IV.79 etc.) y Boecio, etc., la constitución del hombre, en la que el Sí mismo espiritual de todos los seres va como pasajero mientras el vehículo se mantiene unido, la mente tiene las riendas; pero puesto que la mente es doble, pura o impura, desinteresada o interesada, puede controlar el tiro de los sentidos o bien ser extraviada por él. Los símbolos del «carro», la «ciudad», el «barco» y la «marioneta» son equivalentes, de manera que, por ejemplo, «cuando la Mente, como un cochero, gobierna todo el ser vivo, como un gobernador hace con una ciudad, entonces la vida sigue un curso recto» (Filón, *Leg. Alleg.* III.224, cf. *g Veda* VI.75.6). Toda la concepción del *yoga* (*yug*, «uncir», «arnesar», «juntar») está conectada con el simbolismo del carro y del tiro; todavía hoy, nosotros hablamos de «poner freno» a nuestras pasiones.

¹³ De aquí *viraj*, literalmente «brillo distributivo» = «poder gobernante».

saca para sí mismo (*tanute*) otra forma del oro» (*Bṛhadāraṇyaka Upaniṣad* IV.4.4)¹⁴.

Éste es un aspecto esencial de la doctrina del «hilo del espíritu» (*s@trātman*), y como tal es la base inteligible de la doctrina de la omnisciencia y de la providencia divinas, a las que son análogos nuestro conocimiento y nuestra previsión parciales. El Sol espiritual (no ese «sol que ven todos los hombres» sino el «que pocos conocen con la mente», *Atharva Veda* X.8.14)¹⁵ es el Sí mismo de todo el universo (*Ṛgveda* I.11.5.1) y está conectado a todas las cosas en él por medio del «hilo» de sus luminosos rayos pneumáticos, en los cuales está tejido la totalidad del «tejido» del universo —«todo este universo está encordado en Mí, como filas de gemas en un hilo» (*Bhagavad Gītā* VII.7); y como ya hemos visto, las últimas puntas de este hilo, que atraviesa nuestro intelecto, son sus poderes sensoriales¹⁶. Así, de la misma manera que el sol del mediodía «ve» todas las cosas bajo el sol a la vez, la «Persona en el Sol», la Luz de las luces, en el punto y centro exaltado «donde todo donde y todo cuando tienen su foco» (*Paradiso* XXIX.23), está simultáneamente presente a la totalidad de la experiencia, ya sea aquí o allí, ya sea pasada o futura, y «ni un gorrión cae al suelo» ni ha caído nunca ni nunca caerá sin su conocimiento presente. Él es, de hecho, el único veedor, pensador, etc., en nosotros (*Bṛhadāraṇyaka Upaniṣad* III.8.23), y quienquiera que ve o piensa, etc., ve o piensa por *Su* «rayo» (*Jaiminīya Upaniṣad Brāhmaṇa* I.28, 29). Traducción: Pedro Rodea

¹⁴ El oro en tales contextos no es una figura de lenguaje, sino una figura de pensamiento. El oro «es» (nosotros diríamos ahora «significa») la luz, la vida, la inmortalidad (*Ḍatapatha Brāhmaṇa*, *passim*, y tradicionalmente); y «refinar» este «oro» es quemar en nuestro Sí mismo espiritual la escoria de todo lo que no es el Sí mismo. De aquí que sea una cuerda de oro la que guía rectamente a la marioneta humana (Platón, *Leyes* 644) y Blake nos da una cuerda de «oro» que «nos conducirá a la puerta del cielo».

¹⁵ «El Sol del sol», *Mahābhārata* V.46.3 y Filón, *Spec.* I.279; la «luz invisible perceptible sólo por la mente», Filón, *Opif.* 31; «cuyo cuerpo es el sol, que controla al sol desde dentro», *Bṛhadāraṇyaka Upaniṣad* III.7.9; «cuyo cuerpo lo ven todos, pero su alma nadie», Platón, *Leyes* 898D; «la luz de las luces», *Bhagavad Gītā* X.11.17, *Ṛg Veda* I.113.1; «que era la verdadera Luz... del mundo», Juan 1.9, 9.5; «el Sol de los hombres», *Ṛg Veda* I.146.4 y «la Luz de los hombres», Juan 1.4, «sedente en cada corazón», *Bhagavad Gītā* XIII.7, *Maitrī Upaniṣad* VI.1.

¹⁶ No podemos exponer aquí extensamente la doctrina del «hilo del espíritu». En la tradición europea puede rastrearse desde Homero hasta Blake. Para algunas de las referencias ver mi «Primitive Mentality», *Q. J. Myth. Soc.* XXXI, 1940 y «Literary Symbolism» en el *Dictionary of World Literature*, 1943. Ver Filón, *Immut.* 35 y *passim*; ver también mi «Spiritual Paternity and the Puppet Complex» en *Psychiatry* VIII, 1945.

¿QUÉ ES CIVILIZACIÓN?

ANANDA K. COOMARASWAMY

2ª Parte

Así pues, en la Ciudad de Dios humana que estamos considerando, como un modelo político, los poderes sensoriales y discriminativos, por así decir, forman un cuerpo de guardia por el que la Razón Real es conducida a la percepción de los objetos sensibles, y el corazón es la sala de guardia donde reciben sus órdenes (Platón, *Timeo* 70B, Filón, *Opif.* 139, *Spec.* IV.22, etc.). Estos poderes —aunque se les llama Dioses¹⁷, Ángeles, Eones, Maruts, Rishis, Soplos, Daimones, etc.— son el pueblo (*viśva*, la población, etc.) del reino celestial, y se relacionan con su Capataz (*viśapati*) como la hueste con su Mayor o los ministros con su Rey; son una tropa de «los Propios del rey» (*svayambhūta*), por los cuales el Rey está rodeado como por una corona de gloria —«sobre cuya cabeza los Eones son una corona de gloria que emite rayos» (*Coptic Gnostic Treatise* XII), y «por “tu gloria” yo entiendo los poderes que forman tu cuerpo de guardia» (Filón, *Spec.* I.45)¹⁸. Se trata enteramente de una relación de lealtad feudal, donde los súbditos traen el tributo y reciben la largueza —«Tú eres

¹⁷ O Hijos de Dios. Cf. Boehme, *Sig. Rer.* XVI.5 «Cada príncipe angélico es una propiedad de la voz de Dios, y lleva el gran nombre de Dios». Es con referencia a estos poderes que se dice que «Todos estos Dioses están en mí» (*Jaimini Upaniṣad Brāhmaṇa* I.14.2), que «Todas las cosas están llenas de Dioses» (Thales, citado por Platón, *Leyes* 899 B) y que «Haciendo del Hombre (*puruṣa*) su casa mortal, los Dioses le habitan» (*Atharva Veda* XI.8.18); por consiguiente, «Ciertamente está iniciado, aquel cuyos “Dioses dentro de él” están iniciados, a saber, la mente por la Mente, la voz por la Voz» etc. (*Kaushitaki Brāhmaṇa* VII.4). No necesitamos decir que una tal multiplicidad de Dioses —«cientos y miles»— no es un politeísmo, pues todos son súbditos angélicos de la Deidad Suprema desde quien se originan y en quien, como a menudo se nos recuerda, nuevamente «devienen uno». Su operación es una epifanía (*Kaushitaki Upaniṣad* II.12.13 —«Ciertamente, este Brahma brilla cuando uno ve con el ojo, y muere igualmente cuando uno no ve»). Estos «Dioses» son los Ángeles, o como los llama Filón, las Ideas, —es decir, las Razones Eternas.

¹⁸ Debe recordarse el doble significado del griego *stephano*: (1º) como «corona» y (2º) como «muralla» de la ciudad; así pues, es al mismo tiempo una gloria y una defensa. «Los hijos son la corona de un hombre, las torres de la “ciudad”» (*Homeric Epigrams* XIII). De la misma manera el pali *cōlikā*, usualmente «turbante», es también una «muralla de la ciudad», como en *Saṃyutta Nikāya*, II.182 *nagaram... cōlikā-baddham*.

La interpretación que hace Filón de la «gloria» tiene un equivalente exacto en la India, donde los poderes del alma son «glorias» (*śrīyah*) y colectivamente «el reino, el poder y la gloria» (*śrī*) de sus poseedores reales; y por consiguiente, toda la ciencia del gobierno es la ciencia del control de estos poderes (*Arthaśāstra* I.6; ver mi *Spiritual Authority and Temporal Power in the Indian Theory of Government*, 1942, p. 86). Non potest aliquis habere ordinatam familiam, nisi ipse sit ordinatus [nadie puede tener orden en su familia, a no ser que lo tenga primero en sí mismo], San Buenaventura, *De don.* S. S. IV.10.V, pág. 475; y esto se aplica a todo el que se propone gobernarse a sí mismo, a una ciudad o a un reino.

nuestro y nosotros somos tuyos» (—g *Veda* VIII.92.32), «Seamos nosotros tuyos para que tú nos des el tesoro» (*idem* V.85.8, etc.)¹⁹.

Lo que no debe olvidarse nunca es que todos «nuestros» poderes no son nuestros «propios», sino poderes y ministros *delegados* a través de los cuales se «ejerce» (otro sentido del griego *teino*) el Poder real; los poderes del alma «son sólo los nombres de Sus actos» (*Bṛhadāraṇyaka Upaniṣad* 1.4.7, 1.5.21, etc.)²⁰. No deben servir a su interés propio o al interés de otro —cuyo único resultado será la tiranía de la mayoría, y una ciudad dividida contra sí misma, hombre contra hombre y clase contra clase— sino servir a Aquel cuyo único interés es el del cuerpo político común. De hecho, en los numerosos relatos que tenemos de una contienda por la precedencia entre los poderes del alma, siempre se encuentra que ninguno de los miembros o poderes es indispensable para la vida de la ciudad corporal, exceptuados únicamente su Cabeza, el Soplo y el Espíritu inmanente.

Así pues, de la misma manera que un hombre trae las ofrendas sacrificiales a un altar, la vida justa y natural de los poderes del alma es precisamente su función de traer tributo a su cabeza fuente, a saber, la mente y verdadero Sí mismo que ejerce el control, guardando para sí mismos sólo lo que queda. La tarea de cada uno es cumplir las funciones para las que está dotado por naturaleza, a saber, la tarea del ojo es ver, la del oído oír, etc., las cuales funciones son todas necesarias para el bienestar de la comunidad de la totalidad del hombre, pero deben ser coordinadas por un poder desinteresado que cuida de todas. Pues a no ser que esta comunidad actúe unánimemente, como un único hombre, trabajará en todo tipo de propósitos cruzados. El concepto es el de una corporación en la que los distintos miembros de una comunidad trabajan juntos, cada uno según su propia manera; y una tal sociedad vocacional es un organismo, no un agregado de intereses que compiten, y que, por consiguiente, constituirían un «equilibrio de poder» inestable.

¹⁹ Sobre *bhakti* («devoción», o mejor quizás «lealtad», y literalmente «participación») en tanto que relación recíproca, ver mi *Spiritual Authority and Temporal Power in the Indian Theory of Government*, 1942, nota 5 y mi *Hinduism and Buddhism*, 1943, p. 20.

²⁰ «Yo» no hago nada, así debe saberse el hombre arnesado, el conocedor de la Realidad Última» (*Bhagavad Gītā* V.8). «Yo no hago nada por mí mismo» (Juan 8.28, cf. 5.19). Pensar que «yo» hago» (*kartò 'ham iti*) o que «yo» pienso» es una infatuación, la *oīsis* de Filón (*Leg. Alleg.* 1.47, 2.68, 3.33) y el *abhimāna* indio. La proposición *Cogito ergo sum*, es un *non sequitur* y un sin sentido; la verdadera conclusión es *Cogito ergo EST*, y se refiere al «que Es» (Damasceno, *De fid. orthod.* I; *Kaṭha Upaniṣad* VI.12; *Milindapañha* p. 73) y al único que puede decir «yo» (Maestro Eckhart, Pfeiffer, p. 261). Cf. las referencias en mi «*kimcaññ*: la Anonadación de Sí mismo», *New Ind. Antiquary* 1940.

«Nichts anders stürzet dich in Höllenschlund hinein

Als das verhasste Wort (merk's wohl!): das Mein und Dein».

Nada será arrojado tan inmediatamente adentro de las fauces del Infierno como las detestables palabras (¡obsérvalas bien!) mío y tuyo [Angelus Silesius, *Der Cherubinische Wandersmann* v.238.]

Así pues, la Ciudad de Dios humana contiene dentro de sí misma el modelo de todas las demás sociedades y de una verdadera civilización. El hombre será un hombre «justo» (griego *dikaíos*) cuando cada uno de sus miembros cumple su tarea propia y está sometido a la Razón gobernante que ejerce la providencia en beneficio de todo el hombre; y de la misma manera la ciudad pública será justa cuando hay acuerdo en cuanto a quien gobernará, y no hay ninguna confusión de funciones, sino que cada ocupación es una responsabilidad vocacional. Así pues, no donde no hay «clases» o «castas», sino donde cada uno es un agente responsable en algún campo especial²¹. Una ciudad que carece de esta «justicia» (*dikaíosyn* ⚡) no puede llamarse una «buena» ciudad, como tampoco puede llamarse una buena ciudad si carece de sabiduría, sobriedad o coraje; y éstas cuatro son las grandes virtudes cívicas. Donde las ocupaciones son así vocaciones «se hará más, y se hará mejor, y con más facilidad que de ninguna otra manera» (*República* 370C). Pero «si el que por naturaleza es un artesano o algún tipo de comerciante, se deja tentar y envanecer por la riqueza o por su dominio de los votos o por su propia fuerza o por cualquier otra cosa, e intenta manejar los asuntos militares, o si un soldado intenta ser un consejero o un guardián, para lo cual no está dotado, y si estos hombres intercambian sus herramientas y honores, o si uno y el mismo hombre intenta manejar todas estas funciones a la vez, entonces, yo entiendo, y tú estarás conmigo en que este tipo de perversión y de aprendizaje de todo y maestro de nada será la ruina de la ciudad»; y esto es «injusticia», (*República* 434B).

Así pues, la sociedad ideal se considera como un tipo de taller cooperativo en el que la producción ha de ser para el uso y no para el provecho, y donde se ha de proveer para todas las necesidades humanas, tanto las del cuerpo como las del alma. Además, si ha de cumplirse el mandato, «Sed perfectos como vuestro Padre en el cielo es perfecto», la obra debe hacerse *perfectamente*²². Las artes no se dirigen a la ventaja de nada excepto la de su objeto (*República* 432B), y esto quiere decir que la cosa que se hace debe ser tan perfecta como sea posible para el propósito que se hace. Este propósito es satisfacer una necesidad humana (*República* 369B, C); y así el perfeccionismo requerido, aunque no está motivado «altruistamente», «sirve efectivamente» a la humanidad de una manera que es imposible donde los bienes se hacen para la venta más bien que para el uso, y en cantidad más bien que en cualidad. A la luz de la definición de la «justicia» por Platón, como ocupación vocacional, podemos comprender mejor las palabras, «Buscad primero el reino de Dios y su *justicia*, y todas estas cosas se os darán por añadidura» (San Mateo 6.33).

²¹ En cuyo caso, *cada* ocupación es una profesión; es decir, no meramente una manera de ganarse la vida, sino una «manera de vivir», cuyo abandono es morir una muerte. «El hombre que ha cambiado de un trabajo a otro, fácilmente y sin que ello le moleste, no tiene ningún respeto profundo de sí mismo» (Margaret Mead, *And Keep Your Powder Dry*, p. 222).

²² Es un lugar común de la teoría medieval que el interés principal del artesano está centrado en el bien de la obra que ha de hacerse, y esto significa que debe ser al mismo tiempo *pulcher et aptus* [bella y apropiada]. Un texto budista que define las entelequias de los diferentes grupos vocacionales llama «trabajo perfecto» al del hogareño cuyo soporte es un arte (*Anguttara Nikāya* III.363).

¿QUE ES CIVILIZACION?

La filosofía india del trabajo es idéntica. «Sabe que la acción viene de Brahma. Aquel que en la tierra no sigue en su giro a la rueda que así gira, vive en vano; por consiguiente, sin apego a sus recompensas, haz siempre lo que debe hacerse, pues, ciertamente, el hombre gana así lo Último. No hay nada que yo necesite hacer, ni nada que alcanzar que no sea ya mío: y sin embargo, yo no me mezclo en la acción. Por consiguiente, actúa con miras al bienestar del mundo; pues todo lo que hace el superior, también lo harán otros; establecido el modelo, el mundo lo seguirá. Es mejor la propia norma de uno²³, por deficiente que sea, que la de otro, por bien que se haga; es mejor morir en el puesto propio de uno, pues el de otro está lleno de temor... Las vocaciones están determinadas por la propia naturaleza de uno. El hombre alcanza la perfección a través de la devoción a su trabajo propio. ¿Cómo?. Alabando en su trabajo propio a Aquel de quien procede la expresión de todos los seres y por quien es extendido (*tatam*, <*tan*) todo este universo. Es mejor hacer el trabajo propio de uno, incluso con sus faltas, que hacer bien el trabajo de otro; el que hace la tarea que su naturaleza propia dispone que haga no incurre en pecado; uno no debe abandonar nunca su vocación²⁴ heredada»²⁵.

Por una parte, la tradición inspirada rechaza la ambición, la competición y los modelos cuantitativos; por otra, nuestra «civilización» moderna se basa en las nociones del progreso social, de la libre empresa y de la producción cuantitativa. La primera considera las necesidades del hombre, que «son pocas aquí abajo»; la otra considera sus apetitos, a los cuales no puede ponerse ningún límite, y cuyo número se multiplica artificialmente con la propaganda. Ciertamente, el manufacturero para el provecho debe crear un mercado mundial siempre creciente para los excedentes producidos por aquellos a quienes el dr. Schweitzer llama los «hombres sobreocupados». Fundamentalmente, es la obsesión del comercio mundial, que hace de las «civilizaciones» industriales una «maldición para la humanidad», y la obsesión del concepto del progreso industrial, «en línea con la empresa de la civilización

²³ *Sva-dharma* = *sva-karma*, el *to heautou pratein, kata physin* de Platón. *Dharma* es un término grávido de significado, difícil de traducir en el contexto presente; cf. *eidos* en *República* 434A. En general, *dharma* (literalmente «soportes», *dhr* como en *dhruva*, «fijo», «estrella polar», y el griego *thronos*) es sinónimo de «Verdad». «No hay nada más alto» que este principio gobernante (*Bṛhadāraṇyaka Upaniṣad* I.4.14); *dharma* es el «Rey del rey» (*Anguttara Nikāya* I.109), es decir, el «Rey de reyes»; y no puede haber ningún título más alto que el de *dharma-rājā*, «Rey de la Justicia». De aquí la designación bien conocida de la Realeza verdadera como *Dharmarājā*, que hay que distinguir de la personalidad del rey a la que es inherente la temporalidad. El «propio dharma» de uno es precisamente la «justicia» de Platón, es decir, el cumplimiento de la tarea para la que uno está equipado por naturaleza. De la misma manera, la Justicia (griego *dike*, raíz sánscrita *di*, «indicar») representa el Índice y el modelo último por el que debe juzgarse toda acción. *Dharma* es *lex aeterna*, *sva-dharma lex naturalis*.

²⁴ *Bhagavad Gītā* III.15-35 y XVIII.18-48, ligeramente abreviado.

²⁵ Para nuestra tradición, la procreación es una «deuda», y su propósito es mantener la continuidad de las funciones ministeriales en una sociedad estable (ver mi *Hinduism and Buddhism*, nota 146). Pues sólo así pueden conservarse las bases de la civilización.

manufacturera», lo que ha provocado y provocará el surgimiento de las guerras modernas; sobre este mismo miserabilizado suelo han crecido imperios, y por esta misma codicia inclemente han sido destruidas innumerables civilizaciones —por los españoles en Sudamérica, por los japoneses en Korea y por «las sombras blancas en los Mares del Sur»²⁶.

El dr. Schweitzer mismo escribe que «es muy difícil llevar a su plenitud una colonización que signifique al mismo tiempo una verdadera civilización... La edad de la máquina ha traído a la humanidad unas condiciones de existencia que hacen difícil la posesión de una civilización²⁷... La agricultura y la artesanía son el fundamento de la civilización... Siempre que el comercio de la madera es bueno, una hambruna permanente reina en la región de Ogowe²⁸... Ellos viven de arroz importado y de alimentos en conserva importados que compran con los ingresos de su trabajo... haciendo imposible con ello la industria hogareña... Como están las cosas, el comercio mundial que les ha alcanzado es un hecho contra el que nosotros y ellos somos impotentes»²⁹.

Yo no estoy de acuerdo con este cuadro de un *deus*, o más bien de un *diabolus*, *ex machina*, emparejado así con una confesión de impotencia³⁰. Ciertamente, si nuestro industrialismo y nuestra práctica del comercio son la marca de nuestra civilización, ¿cómo, entonces, osamos proponernos ayudar a otros a «alcanzar una condición de bienestar»? El «peso» (de nuestra «incivilización») lo hemos hecho nosotros y pesa sobre nuestros propios hombros primero. ¿Acaso vamos a decir que debido a la «determinación económica» somos impotentes para sacudírnoslo de encima y ponernos derechos?. Eso sería aceptar la condición de «epígonos» de una vez por

²⁶ Cf. mi «Am I my Brother's Keeper?», *Asia and the Americas*, marzo, 1943.

²⁷ «La máquina... es el logro de que es capaz el hombre si confía enteramente en sí mismo —Dios ya no es necesario... Eventualmente... la máquina le transforma en una máquina a él» (Ernst Niekisch, citado por Erich Meissner en *Germany in Peril*, 1942).

²⁸ «Cuando las naciones envejecen, las artes envejecen, y el comercio cuenta con cada árbol» (William Blake).

²⁹ Albert Schweitzer, *Zwischen Wasser und Urwald*, citado en su *My Life and Thought*.

³⁰ «Yo no tengo más fe que un grano de mostaza en la historia de la “civilización” futura, que ahora sé que está condenada a la destrucción: ¡qué alegría da pensar en ello!» (William Morris). «Pues por hombres civilizados nosotros entendemos ahora hombres industrializados, sociedades mecanizadas... Nosotros llamamos a todos los hombres civilizados, con tal de que empleen las mismas técnicas mecánicas para dominar el mundo físico. Y los llamamos así porque estamos seguros de que sólo el mundo físico es la única realidad, y de que como se somete a la manipulación mecánica, no cabe otra manera de comportamiento. Cualquier otra conducta sólo puede brotar de la ilusión, y es el comportamiento de un salvaje simple e ignorante. Haber llegado a este cuadro de la realidad es ser verdaderamente avanzado, progresista, civilizado» (Gerald Heard, *Man the Master*, p. 25). Y esto es también haber llegado a lo que se ha llamado propiamente un «mundo de realidad empobrecida» (Iredell Jenkins), y un mundo que sólo puede empobrecer a aquellos a quienes se lo comunicamos.

todas, y admitir que nuestra influencia sólo puede rebajar a los demás a nuestro nivel³¹.

Como hemos visto, en una verdadera civilización, *laborare est orare*. Pero el industrialismo —«el mammon de la in-justicia» (griego *adikia*)— y la civilización son incompatibles. A menudo se ha dicho que uno puede ser un buen cristiano incluso en una factoría; no es menos cierto que uno podría ser un cristiano aún mejor en la arena del circo. Pero ninguno de estos hechos significa que las factorías o las arenas sean instituciones cristianas o deseables. A nosotros no nos incumbe considerar si puede ganarse o no alguna vez una batalla de la religión contra el industrialismo y el comercio mundial; nuestra incumbencia es la tarea, no su recompensa; nuestra incumbencia es cerciorarnos de que en cualquier conflicto nosotros estamos del lado de la Justicia³². Incluso como están las cosas, el dr. Schweitzer encuentra su mejor excusa para el gobierno colonial en el hecho de que en alguna medida (por pequeña que sea) tales gobiernos protegen a sus pueblos colonizados «del mercader». ¿Por qué no nos protegen a nosotros mismos (los «conejillos de indias» de un libro bien conocido) del mercader? ¿No sería mejor que, en lugar de pensar en las consecuencias inevitables del «comercio mundial», consideráramos su causa, y emprendiéramos la re-forma (*wideraufbauen* es una palabra de Schweitzer) de nuestra propia «civilización»? ¿O acaso los incivilizados van a pretender siempre sus «misiones civilizadoras?».

Reformar lo que se ha deformado significa que debemos tomar en cuenta una «forma» original, y eso es lo que hemos intentado hacer con el análisis histórico del concepto de civilización, basado en fuentes orientales y occidentales. Las formas son por definición invisibles para los sentidos. La forma de nuestra Ciudad de Dios es una forma «que existe sólo en las palabras, y en ninguna parte de la tierra; pero, al parecer, está guardada en el cielo para quien quiera contemplarla, y si la contempla, para habitarla; sólo puede ser vista por los verdaderos filósofos que dirigen sus energías hacia esos estudios que alimentan el alma más bien que el cuerpo, y que nunca se dejan arrastrar por las congratulaciones de las turbas ni por el aumento sin medida de su riqueza, que es la fuente de innumerables males³³, sino que más bien fijan sus ojos sobre su propia política interior, sin *pretender* nunca ser políticos en la ciudad de su nacimiento» (*República* 591E f).

³¹ Cf. A. J. Krzesinski, *Is Modern Culture Doomed?* 1942, esp. la Introducción de Mons. G. B. O'Toole, y Znaniecki como se cita en la pág. 54, nota; y Eric Gill, *It All Goes Together*.

³² Quienquiera que posee una simple participación en cualquier empresa manufacturera para el provecho, en esa misma medida está tomando partido y en esa misma medida es responsable del comercio mundial y de todas sus consecuencias.

³³ El cuerpo, por cuya causa deseamos la riqueza, es la causa última de todas las guerras (*Fedón* 66 C); y «la victoria fomenta el odio, porque los conquistados son infelices» (*Dhammapada* 201). El comercio mundial y la guerra mundial son males congéntricos. Todo lo que hemos dicho sobre el gobierno de los hombres y de las ciudades se aplicará, por supuesto, al gobierno del mundo por naciones cooperativas y desinteresadas. Todos los intentos de establecer «equilibrios de poder» deben acabar en guerra.

¿No está Platón completamente acertado cuando propone confiar el gobierno de las ciudades «al remanente incorrupto de los verdaderos filósofos que han de soportar ahora el estigma de la inutilidad»³⁴, o incluso a aquellos que están ahora en el poder, «si por alguna inspiración divina³⁵ tomara posesión de ellos un genuino amor de la filosofía»? ¿y no está enteramente acertado cuando mantiene que «ninguna ciudad puede ser feliz nunca a no ser que su diseño lo hayan trazado esos pintores que hacen uso del modelo divino» (*República* 499, 500) —a saber, el de la Ciudad de Dios que está en el cielo y «dentro de vosotros»?³⁶. *Traducción: Pedro Rodea*

³⁴ *Nobleza obliga*. En una ciudad que ha educado a «verdaderos filósofos», éstos deben a sus educadores el deber de participar en los asuntos cívicos; y de esta manera, en la teoría del gobierno tradicional, incumbe a los representantes de la autoridad espiritual supervisar y guiar a aquellos que ejercen el poder temporal; en otras palabras, les incumbe supervisar que apoyen el derecho, y que no se afirmen a sí mismos. Sobre la función de tales filósofos en la regeneración de la sociedad moderna, cf. Gerald Heard, *Man the Master* y Aldous Huxley, *Ends and Means*.

³⁵ Supongo que en la historia de la crítica nunca se ha propuesto nada más necio que el comentario de Paul Shorey, «Pero nosotros no debemos atribuir ninguna *superstición* personal a Platón» (Loeb Library ed. p. 64). Deben esperarse solecismos tales como éste siempre que los nominalistas se ponen a exponer la doctrina de los filósofos realistas; ¿pero *por qué* se ponen a exponer filosofías en las que no creen?

³⁶ El trabajo que ha de hacerse es primariamente de purgación, para echar a los cambistas de dinero, a todos los que *desean* poder y oficio, y a todos los representantes de intereses especiales; y en segundo lugar, cuando la ciudad ha sido «limpiada», el trabajo que ha de hacerse es de imitación considerada de las formas de la justicia, de la belleza y de la sabiduría naturales, amén de otras virtudes cívicas; entre las cuales hemos considerado aquí la justicia, o como se traduce comúnmente la palabra *dikaïosynē* en los contextos cristianos, la rectitud.

Como dice Platón, puede ser muy difícil llevar a cabo un tal cambio de mente como el que se requiere si nosotros hemos de «progresar» *en esta vía*, pero también dice que «no es imposible»; y así, nosotros «no podemos cesar el Combate Mental... hasta que hayamos construido Jerusalén».